

Mujer ante espejo: Rosa Chacel, lectora de Simone Weil

FÉLIX PARDO

No deja de participar el cuerpo en algo.
Teresa de Jesús, *Libro de la vida*

Una soledad común

Simone Weil (1909-1943) fue una escritora prolija a pesar de su temprana muerte a los 34 años. La editorial Gallimard ya lleva publicados, desde el 1988, 16 volúmenes de su *Obra Completa* de los 17 previstos. Pero solo llegó a publicar en vida unos cuantos artículos en varias revistas, la mayor parte sobre cuestiones sindicales y políticas. Incluso su breve ensayo *Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social*, escrito en 1934, aun cuando quedó perfectamente redactado, no se publicó hasta 1955. La práctica totalidad de sus numerosos escritos fueron publicados póstumamente y todos sus libros son recopilaciones de amigos, en particular Albert Camus, el padre Joseph-Marie Perrin y Gustave Thibon, quienes también les pusieron título, así como de sus padres y hermano, y de algunos estudiosos, entre los que cabe destacar a su biógrafa Simone de Pétrement.

Weil creó una voluminosa obra a pesar de no tener ninguna certeza sobre su destino. Su publicación póstuma, de hecho, impidió toda una recepción crítica en vida. Pero no hay que ver en esta circunstancia una fatalidad, sino una deliberada soledad motivada por su inconformismo con la sociedad de su época, por su rebeldía contra la cultura dominante, cuando lo que se persigue es la verdad, que en su caso consiste en renunciar a todo apego y creencia, a todo lo que no sea la gracia. Tal como afirma al comienzo de su escrito *Desapego*, publicado en el libro *La gravedad y la gracia*, "despojarse del señorío imaginario del mundo. Soledad absoluta. Es entonces cuando se posee la verdad del mundo"¹.

Y cabe señalar en este despojamiento de los datos históricos y biográficos del yo que velan su actividad pensante una afinidad electiva con Rosa Chacel (1898-1994)², quien vivió largos periodos de su exilio y de creación literaria en soledad, una condición que, como ella misma lo formuló, no solo permitía preservar su independencia e identidad, sino también efectuar cambios sociales. Como afirma en su primer artículo de contenido filosófico, "Esquema de los problemas prácticos y actuales del amor", publicado el 1931 en la *Revista de Occidente*:

No es que la acomodación a un medio con su gradual proceso de conquista vaya creando un reducto anímico resultante de determinada combinación de sensaciones y resistencias, labor primaria, elemental en lo psíquico, sino al contrario, que el alma

saturada de su medio, tranquilamente vencedora de todas las hostilidades naturales, anula en sí toda vida de relación tradicional y se queda frente a frente con su soledad. El conflicto se crea de esta autocontemplación. (*OC* 4, 1993: 463)³

Un encuentro esperado

Rosa Chacel fue una de las primeras lectoras españolas de Simone Weil. Pero como ha sucedido con otros aspectos de su biografía intelectual, este hecho también ha sido ignorado por la mayor parte de los estudiosos de su obra, así como por quienes han estudiado la recepción de Weil en España⁴. Y en los pocos estudios que se plantean la relación entre ambas autoras, encontramos más sesgos que aciertos. Cabe decir que la misma Chacel no facilitó la tarea de la crítica al no dedicar a Weil ningún escrito. Pero en sus diarios dejó constancia de la lectura de esta autora en un momento crucial de su creación literaria, cuando emprendió la escritura de *La sinrazón*, su novela capital. Y la misma cita que registra en sus diarios de un fragmento de Weil la encontramos en *Saturnal*, su ensayo mayor, que empezó a escribir después de concluir aquella otra, en el que argumenta su meollo filosófico, concretamente en un párrafo del capítulo IV, donde trata un tema recurrente en este ensayo: la belleza en relación con el ser femenino.

La recepción de la obra de Weil en España ha seguido tres vías diferentes, tal como nos señala Antonio Campillo⁵: 1) en clave marxista, a través de las reseñas de sus libros en la revista *Laye*, a partir de 1951, de Manuel Sacristán y Gabriel Ferrater, y posteriormente con Francisco Fernández Buey; 2) en clave religiosa, a través de autores como José Jiménez Lozano y Carlos Ortega, este último con sus traducciones, introducciones y notas en las ediciones de Trotta, a partir de 1993, y 3) en clave feminista, a través de Carmen Revilla, Fina Birulés *et altri* en el marco del Seminario «Filosofía y género» de la Universidad de Barcelona, a partir de 1995, cuando comienzan a publicar sus primeros estudios. Cabe observar que las traducciones de los escritos de Weil han sido tardías, encontrándose entre las primeras algunas en catalán: *La condición obrera* (1962), *En espera de Déu* (1965), *L'arrelament* (1984), *La gravedad y la gracia* (1994) y *Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social* (1995).

En el caso de Chacel, su recepción de Weil se hace en clave religiosa, anticipándose varias décadas desde su exilio en Buenos Aires a la recepción que se hizo en España. Hacia el final de la segunda entrada del primer volumen de sus diarios titulado *Alcancía. Ida*, con fecha de 26 de enero de 1952, encontramos la siguiente confesión en relación con el proceso de envejecimiento:

En resumen, lo que me obsesionaba esos días –y otros muchos– es el temor de que la facultad de creación, el don poético y hasta el impulso hacia la fe –no la fe, propiamente dicha, sino el asentimiento a ella– sean imposibles una vez terminado el ciclo de la función genésica. (*OC* 9, 2004: 32)

Entre sus preocupaciones en esas fechas, la mayor era la "racha de *aridez religiosa que estoy atravesando*" (OC 9, 2004: 31), tal como dice ella misma unos párrafos antes de la cita que acabamos de apuntar. Cabe advertir que en Chacel el fenómeno religioso participa, como el fenómeno de la maternidad y el de la escritura literaria y poética, de un mismo mandato genésico de "engendrar en todo" (*Saturnal*, 1972: 254). Pero entiende que dicho mandato no se trata de una experiencia particular del ser humano, sino que es un fenómeno que comprende a todos los seres vivos. Es comprensible, por tanto, que solo cinco entradas más adelante de la citada más arriba, con fecha de 12 de marzo de 1952, encontremos la primera referencia a Weil, la filósofa del amor y mística más importante de la primera mitad del siglo XX, buscando en su lectura una compañía para superar su "aridez religiosa".

Con todo, la elección de una acompañante como Weil en la travesía más difícil que un autor o una autora pueda experimentar, la consciencia del efecto que los imponderables de la vida puedan tener en las condiciones para la creación intelectual y en el destino de la obra, no se explica solo por un interés pragmático. Hay también una afinidad electiva en su vivencia del conflicto entre vida y obra, porque ninguna de las dos considera que sus respectivas obras sean el resultado de una elección sino de una respuesta necesaria a una llamada. Entienden que las contingencias que tejen sus vidas pueden silenciar la verdad que comunican sus obras. Cuando Chacel escribe en una de las primeras entradas de sus diarios, datada el 24 de febrero de 1952, a muy poca distancia de la anotación en la que encontramos la primera referencia a Weil:

Si a los numerosos defectos de mis libros se añade el de que son míos, queda explicada la oscuridad que se hace sobre ellos, porque quien no tiene nada que hacer en el mundo actual *soy yo*. (OC 9, 2004: 33)

Percibimos un resonar de lo que escribía Weil en el escrito titulado *Últimos pensamientos*, pocos días antes de morir un mes de agosto de 1943:

Me resulta muy doloroso pensar que los pensamientos que han descendido sobre mí están condenados a muerte por el contagio de mi insuficiencia y mi miseria. Siento un estremecimiento cada vez que leo la historia de la higuera estéril. Creo que es mi vivo retrato. También en ella la naturaleza era importante y, sin embargo, no por ello fue disculpada. Cristo la maldijo. (*A la espera de Dios*, 2009: 62⁵).

Tanto Weil como Chacel se juzgan con severidad porque consideran que sus circunstancias y su carácter pueden afectar la recepción y comprensión de su obra. Y no es exagerado decir que cuando Chacel habla de Weil lo hace como si dibujara un escorzo de ella misma, cuyo alzado espiritual participa del mismo asentimiento a la fe en Cristo.

Escorzo del genio

Las únicas referencias a Weil en la obra de Chacel se encuentran en *Alcancía. Ida*, el primero de sus dos volúmenes de diarios, iniciado el 18 de abril de 1942 en su exilio en Burdeos, tras residir tres años en París, y en *Saturnal*, el mayor de sus ensayos, escrito en Nueva York entre 1959 y 1960. En *Alcancía. Ida*, al final de su entrada con fecha de 12 de marzo de 1952, encontramos la primera referencia:

Estos días he leído bastante a Simone Weil. Es sin duda un gran espíritu, acierta mucho en cuanto a la conducta interior de la consciencia, pero respecto a la vida práctica, no es enteramente eficaz. Y no por falta de talento, sino por lo excepcional de su caso. ¿Cómo es posible que una inteligencia colosal y disciplinada como la suya se ofusque ante los hechos y no lleve a las últimas consecuencias los propios problemas? Los aciertos geniales de su *mensaje* pueden dar mucho a algunas gentes, pero el total de su teoría está ahí, indefenso, inconcluso y, sobre todo, no contrastado con la realidad ni con el devenir de las cosas.

Lo más grave es que estos defectos de su obra no los notará nadie. A unos les entusiasma, a otros les repele.

Mulier mulieri hyaena (OC 9, 2004: 38-39)

La traducción de este proverbio de estilo terenciano y hobbesiano con el que concluye esta anotación es 'La mujer es la mayor hiena para la mujer'¹³. La razón de concluirla con dicho proverbio la explica la misma Chacel en la siguiente entrada de sus diarios, reproducida más abajo. Tal como aclara, no hace referencia a Weil. Y podemos deducir que se refiere a todas aquellas lectoras de su obra que han hecho oídos sordos a su *mensaje*. En relación a este punto, conviene considerar la cursiva del término, porque hay un paralelismo en una entrada anterior, con fecha de 24 de febrero, cuando nos habla de la novela que estaba escribiendo en esas fechas, *La sinrazón*. El párrafo en cuestión es el siguiente:

En cuanto al engendro que tengo entre manos, el diagnóstico es más difícil... ¿Novela rosa, mechada de filosofía?... Es probable. El *mensaje* tiene más importancia que la mayor parte de los que ha impuesto el comercio internacional, pero la envoltura correcta, la falta de páprika, pornografía, suciedad, fealdad, amoralidad... esto le hundirá como a todos los otros. (OC 9, 2004: 33)

Llama la atención la repetición de la palabra en cursiva "*mensaje*" para referirse a la filosofía de Weil y al contenido filosófico de *La sinrazón*. No puede ser casual, sino deliberada, tratándose de una autora cuya escritura es un dictado de las idas y vueltas de su conciencia. Chacel encuentra en las voces de Weil una asonancia con sus propias voces en el tratamiento de los límites de la razón y de los saberes del cuerpo. Entiende las categorías de gravedad y gracia postuladas por Weil porque reconoce una afinidad

electiva en la caracterización de los personajes protagonistas de dos de sus novelas que representan una pareja de contrarios. La de la gracia define la conducta de Leticia, el personaje protagonista de la novela *Memorias de Leticia Valle*⁷, mientras que la de la gravedad define la conducta de Santiago, el personaje protagonista de la novela *La sinrazón*⁸.

La segunda referencia a Weil la encontramos en la entrada que sigue a la anterior, pero tras un intervalo temporal de dos años, con fecha 1 de agosto de 1954:

Me sorprende encontrar aquí apuntado el proverbio que pedí a Julián Marías que me confeccionase, sobre todo porque, a continuación de un comentario sobre Simone Weil, parece que tenga alguna relación con ella: no la tiene. Tal vez en el momento de apuntarlo pensé escribir algo sobre *ellas* y, en ese caso, habría citado a la pobrecita Weil como la única que ha dicho algo nuevo. «Cuando una mujer bella se mira al espejo *puede creer* que lo que ve es ella. Cuando una mujer fea se mira al espejo *sabe* que lo que ve no es ella».

No recuerdo en qué libro dice esto, pero sí que va mezclado a cosas muy serias, muy maduras y muy sangrantes, como todas las suyas, tan diferentes del profuso error que salpica la inteligencia de la Beauvoir⁹ y del orgullo satánico –aún más lleno de errores ininteligentes– de Virginia Woolf¹⁰. *Ma guarda e passa...* No me he puesto a escribir para hablar de esto. (OC 9, 2004: 40)

Lo que cabe advertir aquí es que el proverbio citado en la entrada anterior no apunta a la vivencia del conflicto entre vida y obra que percibe en Weil, una vivencia cuyo reconocimiento es posible porque también la percibe en su propia conciencia. Todo lo contrario, apunta a aquellas mujeres que han pasado como sobre ascuas por encima del genio de Weil, en particular Virginia Woolf y Simone de Beauvoir, al considerar que no han entendido aquella vivencia por sobredimensionar la violencia espiritual que padece el alma de la mujer, una violencia cuya causa no hay que buscar en el orden patriarcal sino en el desorden del alma al no poder cumplir aquellas obligaciones que proceden de un deseo de bien. Al respecto, no es baladí recordar la indicación que nos ofrece la misma Weil sobre el orden en su ensayo *Echar raíces*, escrito en 1943, que cito de la traducción catalana:

La primera necessitat de l'ànima, la que és més propera al seu destí etern, és l'ordre, és a dir, un teixit de relacions socials de manera que ningú no sigui forçat a violar obligacions riguroses per executar altres obligacions. L'ànima no pateix una violència espiritual deguda a les circumstàncies exteriors tret d'aquest cas.¹¹

La idea que preside la segunda referencia de Chacel a Weil la volvemos a encontrar en *Saturnal*, ensayo escrito en Nueva York entre 1959 y 1960, hacia el final del capítulo IV :

Es raro que las mujeres que han escrito tanto sobre la mujer se hayan ocupado tan poco de la importancia que siempre tuvo para ella *su* belleza, más que *la* belleza. (No quiero dejar de señalar una excepción, aunque no sé si se le puede llamar así. Una mujer ha escrito algo, pero no una teoría, sino un lamento, un alarido. «Cuando una mujer bella se mira al *espejo*, *piensa: ésta soy yo*. Cuando una mujer fea se mira al espejo, *dice: ésta no soy yo*». Simone Weil). Estoy por creer que han corrido un velo sobre ese tema, como si fuese una debilidad lamentable. Pero no lo es, no, nada de eso: es una actitud genuina de su *modo de ser*. ¿No dijeron algunos sabios que la mujer *es* esto y lo otro? Pues, ante todo, lo que más quiso *ser* siempre es *su* belleza. Porque si dijese que quiso *ser* belleza, ya le daría un sentido más objetivo, y no: aparte *su* belleza, se preocupó muy poco de *crear* belleza. (*OC*, II, 200-201)

Los libros en los que Weil enuncia esta idea son *La levedad y la gracia* y *Cuadernos II*, cuyos títulos encontramos en la biblioteca personal de Chacel. El espejo es como un portal a otro mundo, y este bien puede ser el de las bellas formas. Pero la visión de este mundo no permite su aprehensión. La mirada al espejo es una actividad pasiva, no construimos la imagen sino que se nos impone. La belleza suprema escapa al conocimiento activo porque pertenece al reino de la gracia. La actitud que exige su contemplación no es la propia de las tendencias solipsistas de la modernidad, centradas en las posibilidades de la razón en el reino de la gravedad, sino, todo lo contrario, es la propia del asentimiento a la fe, una actitud de espera centrada en los valores del cuerpo. De ahí que una mujer bella llegue a identificarse con el espejo que refleja su belleza porque lo que ama por encima de todo es la belleza que encarna, y sabe que el amor que su belleza despierta perdura mientras se sienta que su belleza no tiene limitación alguna. Por el contrario, la fealdad del cuerpo no permite esa misma identificación.

La importancia que tiene para Chacel el genio de Weil, al tiempo que su silencio exegético sobre la obra de esta autora, no dejan de interpelarnos. Y tampoco deja de perturbarnos la exigüidad de referencias a ella, que podríamos interpretar en analogía con la reducción de todo un lenguaje a un solo signo esencial. Para salir de nuestra perplejidad, conviene recordar aquí los dos principios exegéticos que Ortega señaló en su libro *Velázquez* (1950): para comprender a un creador hay que estudiar su época histórica y tanto lo que hizo como lo que no hizo. Ciertamente, es un imperativo exegético en el análisis crítico sobre Chacel aportar los datos suficientes que permitan comprender por qué Chacel no escribió nada sobre Weil en sus artículos y ensayos cuando se encuentran voces asonantes entre ambas autoras en *Memorias de Leticia Valle* (1939 y 1945) y semillas del pensamiento y la experiencia de Weil en *La sinrazón* (1960), dos novelas en las que Chacel reflexiona sobre el sentido y el sentimiento de paternidad y de maternidad en el hombre y en la mujer, en la manera que cada uno de ellos constituye el ser masculino y el ser femenino, así como sobre los modos que sus respectivas variaciones modifican la relación entre los sexos.

Voces asonantes en el asentimiento a la fe

La lectura de Weil por parte de Chacel se documenta, a la luz de las citas anteriores, en los primeros meses de 1952. Incluso se llegó a plantear dedicarle algún escrito. Pero este propósito nunca se materializó, a diferencia de lo que hizo con otras pensadoras, entre las que podemos destacar a Virginia Woolf, Simone de Beauvoir y María Zambrano. La meditación de la filosofía de Weil quedó difusa en su novela capital *La sinrazón*, que empezó a escribir a principios de la década de los cincuenta, y emerge en su ensayo mayor *Saturnal*, que escribe a finales de esta misma década, una vez concluida aquella otra obra. Llama la atención, no obstante, el hecho de que conservase en su biblioteca personal los libros de Weil, que leyó por entonces, a pesar de los cambios de residencia que sufrió en su exilio americano. Son los siguientes cuatro títulos:

La pesanteur et la grâce (1947)

L'enracinement (1949)

La condition ouvrière (13a edición, 1951)

Cahiers I-III (I: 1951; II: 1953; III: 1956)¹⁴

Chacel lee estos libros en un momento crucial de la escritura de *La sinrazón*, cuando se propone novelar la agonía de la razón en su propósito de alcanzar la verdad, de comprenderlo todo. Y toma conciencia de que su narración no la puede consumir si no experimenta antes una conversión hacia el rebajamiento y la renuncia de su ser, un regreso a una sola *khôra*, lugar de traducción imposible al lenguaje lógico y al que ni siquiera podemos acceder a través de los símbolos porque en ese algo no existe escisión ni falta que restituir. Es pertinente citar aquí el análisis que hace Jacques Derrida de este nombre en su escrito *Khôra* (1993):

Khôra recibe, para darles lugar, todas las determinaciones pero ella no posee ninguna propia. Las posee, las tiene —puesto que las recibe—, pero no las posee como propiedades, no posee nada propio. No “es” otra cosa que la suma o el proceso de lo que se inscribe “sobre” ella, a propósito de ella, pero no es el sujeto o soporte presente de todas esas interpretaciones, porque, sin embargo, no se reduce a ellas. Este exceso simplemente no es nada, nada que sea y se diga ontológicamente. Esta ausencia de soporte, que no puede ser traducida en soporte ausente o en ausencia como soporte, provoca y resiste cualquier determinación binaria o dialéctica, cualquier examen de tipo filosófico, digamos, más rigurosamente, de tipo ontológico.¹²

A la luz de la reflexión de Santiago —el protagonista de *La Sinrazón*— sobre los límites de la razón en las páginas finales de la novela, podemos suponer que esa sola *Khôra* es la condición de posibilidad de todas las cosas, una nada en la que todo es posible, de capacidad genesiaca infinita, pero inasible, en la que nos podemos contener pero de la que no podemos apropiarnos, y que podemos pensar por analogía con la

Palabra de Cristo. Escuchemos a la misma Chacel al respecto en las páginas finales de la novela:

Ya en los primeros cuadernos, dije que emprendía esta tarea para llegar algún día a comprender mi vida. Cada vez comprendo menos. Bueno, no, esta afirmación no es exacta. Tendría que decir: cuanto más comprendo, o más bien: ahora que lo comprendo todo, es cuando no comprendo el porqué de nada. (*OC 1*, 1989: 602)

[...]

La primera parte de mi vida estuvo enteramente embargada por el *querer* y el *poder*. La segunda, más laxa, más fácil, me ha llevado al laberinto en que no existe más salida que *comprender*.

¡Y no comprendo! Es inútil pedir esa gracia, es inútil implorar que le den a uno razón de las cosas: eso no se da. Ya sé que algunos alcanzaron la beatitud y lo comprendieron todo. Pero guardaron bien el secreto. Yo no estoy muy seguro de que esos contempladores comprendiesen nada. El único don de claridad evidente que hemos recibido es la Palabra de Cristo, y ¡hay tanta sombra alrededor! Claro que, con sombra y todo, desde el momento en que la Palabra nos habla, habla a nuestros oídos carnales, a nuestra razón perecedera, desde ese momento creemos en la claridad. Porque la claridad es cosa que se come, como la Palabra que Cristo «dio a los seres de un día» (*OC 1*, 1989: 603).

[...]

¿Cómo es posible que, de ese absoluto, la razón, solo se pueda obtener un poco? Ésta es la sinrazón que «tanto mi razón enflaquece». Y titubeante, débil, confusa, se dice: Vayamos por partes, y se pone a contar con los dedos. --A ver: poseo una verdad, dos, tres, cuatro..., mil..., un millón..., cien mil millones. Pero las que me faltan seguramente son las de mayor belleza.

[...]

Si transmutaste el Verbo en pan y vino, fue para hablar a nuestra carne y la carne no tiene más código de intelección que los sentidos. Con lo mejor que ve, que toca, que oye; con el incienso y la exquisita carne de buey sobre las brasas, te llama. ¿Por qué permites que el destello de tu belleza no sea siempre y en total, aquí y allá, para todos y para cada uno, la exacta ecuación del bien?

Sé que no dejarás nunca a mi razón alcanzarlo y sé que aquella seguirá fija ante aquello que barrunta. Si la belleza, el placer, las perlas bajo la losa, la cola del pavo real, las rosas, el crepúsculo, la calle convertida en alcoba, si en todo eso que me toca al pasar venteo lo divino y si debo pagar caro el querer tanto tocarlo, puedo decir «que con razón me quejo de la vuestra hermosura». (*OC 1*, 1989: 604)

No quiero decir con ello que la lectura de Weil condujera a Chacel a anticipar el final de *La sinrazón*. Pero tampoco es aventurado conjeturar que su lectura catalizó una experiencia religiosa sin la cual posiblemente esta novela se hubiera quedado en otro proyecto novelístico, como le pasó a *El pastor*, en la que estuvo pensando durante más de 50 años, y en la que presenta a Lot, su joven protagonista, como un nuevo *Robinson metafísico*, tratando de alcanzar la seguridad y certidumbre del conocimiento a partir solo de la razón. El salto temporal de dos años en sus diarios, de 1952 a 1954, y el hecho de que en la última entrada de 1952 y en la primera de 1954 Chacel hable de Weil no puede ser una simple licencia retórica: delimitan, con su silencio, el tiempo de su conversión. Este hecho explica, además, que *La sinrazón* sea la novela en la que estuvo trabajando más años hasta su publicación, en 1960: desde 1950 a 1958.

El meollo filosófico de *La sinrazón* es la tragedia del conocimiento, que consiste en la impotencia de la razón para alcanzar la belleza suprema. La razón no puede más que escuchar el silencio que barrunta el misterio que nos presiona y cuya belleza hiere nuestros sentidos sin poder poseerla. Y este fracaso de la razón, al tiempo que nos sigue tirando hacia metas imposibles, nos sume en la desdicha. El cuerpo, en cambio, participa en algo —el Verbo encarnado—, como afirma Teresa de Jesús, y a través de los sentidos podemos asentir la gracia, luz, claridad, Palabra de Cristo, y con este asentimiento, hacer posible la elevación de ese algo. De esta manera, no vivimos ya para servirnos a nosotros, confinados en un yo autorreferencial y mundano, sino para servir a la eternidad.

La demarcación que establece Chacel entre la razón y el cuerpo, y la primacía que otorga al cuerpo sobre la razón en “el impulso hacia la fe”, nos lleva a conjeturar que una de las lecturas de Weil en las que pudo asentir Chacel la fe experimentada por aquella filósofa y mística, y que bien pudo precipitar la transformación de su “aridez” en “fertilidad” religiosa, es la del escrito titulado "Descreación", incluido en el libro *La gravedad y la gracia*, donde encontramos el siguiente pasaje:

Elevación y rebajamiento. Una mujer que se mira al espejo y se arregla no siente vergüenza de reducirse a sí misma, a ese ser infinito que mira todas las cosas, a un pequeño espacio. De igual manera, por mucho que ascienda el yo (el yo social, psicológico, etc.), cuantas veces ocurra, acabará uno degradándose infinitamente, reduciéndose a no ser más que eso. (GG 2007: 82)

Hay que advertir aquí que esta misma idea la encontramos en la segunda referencia a Weil en su diario *Alcancía. Ida*, así como en la única referencia que hay en *Saturnal*, ambas reproducidas más arriba. El enunciado “una mujer que se mira al espejo y se arregla” cabe interpretarlo como un símbolo, el reflejo del Verbo divino que percibimos en la forma del orden y la belleza del mundo físico. Solo rebajándonos a un estado vegetativo y sensible, prerracional, renunciando a la elevación del yo que conduce inexorablemente a nuestra destrucción porque no permite albergar nada más

que nuestro orgullo, nos disponemos a atender a la llamada de la Palabra de Cristo, y, encarnada en nuestro cuerpo, hacemos posible su elevación y con ello el cumplimiento más perfecto de la creación divina de todas las cosas, porque después de que Dios se vaciase con su creación, quedó a la espera del efecto de su encarnación en el hombre para invertir su rebajamiento en elevación. Al primer momento de descreación, de renuncia a lo que poseemos, el querer y poder que constituye nuestra voluntad, le sigue un segundo momento de co-creación, de asentimiento a la fe en Cristo y de apropiación de su voluntad, una servidumbre que nos libera de nuestro yo y constituye nuestra libertad.

Para la Iglesia es una herejía decir que el alma, con su función racional al frente, está sometida a la misma necesidad y contingencia que el cuerpo. Y que la intervención divina en el mundo no se opera a través del alma, sino a través del cuerpo. Esta es una de las ideas más perturbadoras para la ortodoxia cristiana porque comporta una implosión de sus dogmas. Y por este motivo los teólogos y filósofos cristianos rechazaron los escritos de Weil, considerándolos una desviación de la doctrina de la Iglesia. Sin embargo, al mismo tiempo sintieron, paradójicamente, una irresistible atracción por su testimonio personal. Al respecto, conviene citar aquí el comienzo de su escrito *La gravedad y la gracia*, incluido en el libro homónimo, donde expone, como si se tratase de enunciados de la geometría, la relación existente entre la gravedad y la gracia:

Todos los movimientos naturales del alma se rigen por leyes análogas a las de la gravedad física. La única excepción la constituye la gracia.

Siempre hay que esperar que las cosas sucedan conforme a la gravedad, salvo que intervenga lo sobrenatural.

Dos fuerzas reinan en el mundo: luz y gravedad. (GG 2007: 53)

Hay en la encarnación del Verbo divino y en la experiencia religiosa de rebajamiento y elevación una analogía con el deseo sexual y la reproducción. En la literatura mística encontramos numerosos ejemplos de ello. Y el cuerpo femenino, en tanto que lleva la función genesíaca a su más completa realización, sirve como símbolo. De ahí que Weil hable del descenso de la luz o gracia en el cuerpo humano como si describiera la imagen pictórica de una mujer ante espejo. Por este motivo, el canónigo Charles Moeller llegó a decir de los escritos de Weil algo que, sin ser plenamente consciente, refuerza ese simbolismo: "si Simone Weil hubiera tenido hijos de su carne, jamás habría escrito lo que escribió"¹⁵. Me quedo con la analogía y no con la intencionalidad de esta falacia. Si Weil llegó a concebir lo que escribió no fue por una sexualidad reprimida sino, todo lo contrario, por una vida entregada al amor, la fuente común de la experiencia mística y de la erótica.

Chacel reconoció en la experiencia mística de Weil la vivencia del amor. En *La sinrazón* trató la pasión humana y el amor a Dios como dos manifestaciones de un mismo deseo por servir a la Eternidad. Pero no fue hasta su ensayo *Saturnal* cuando llegó a exponer este fenómeno con la profundidad que exigía. En una anotación de sus diarios con fecha de 3 de noviembre de 1962 leemos lo siguiente:

Lo nuevo, es tan fenomenal que casi no me atrevo a escribirlo.

[...]

He aplicado el método cartesiano al órbe místico y creo haber llegado a donde nadie llegó. Por supuesto, la idea viene rondándome hace mucho tiempo, pero no se había delineado en la forma en que la veo ahora. (*OC 9, 2004: 276*)

[...]

En primer lugar, la relación de la Mística con lo erótico, tanto en Oriente como en Occidente, ya hace suponer que hay en ello algo como una referencia universal a una *experiencia humana*. A esta experiencia real se le ha llamado siempre, y en todas partes, amor. Pero amor, aunque es una realidad, es algo a lo que se da acceso, algo a lo que se entrega una vida o no se entrega; algo que se realiza (...) o se frustra. (...) Quiero decir que no es nada *forzoso* o *necesario*. Amor, en su sentido más lato, implica libertad.

[...]

El *modo* en que el amor se impone a todo viviente es el *deseo*. El *deseo* inflama la brama animal, la pasión humana y el amor a Dios. Estos dos últimos *modos* de amor pueden manifestarse con palabras, henchar el orbe racional, pero esto no excluye su identidad de linaje con el mudo impulso del primero. Esto demuestra que la referencia universal a una experiencia *real* no es estrictamente humana, sino que pertenece al fenómeno de la *vida*. (*OC 9, 2004: 277*)

El amor del que habla Chacel es el mismo fenómeno que la gracia de la que habla Weil. No están sometidos a la necesidad o al azar de las cosas, esto es, a la gravedad. Tal como dice Weil en *La gravedad y la gracia*, todas las acciones humanas realizadas con bajeza y superficialidad pertenecen al reino de la gravedad. En cambio, todas las acciones realizadas con elevación y profundidad pertenecen al reino de la gracia. La gravedad y la gracia tienen su propia energía. La primera reside en el interior del cuerpo y cuando manifiesta su necesidad de otro cuerpo, se produce el alejamiento de este. La segunda reside en el exterior del cuerpo, en algo que trasciende lo que el yo es, y hay que esperar a su llamada, aceptarlo y acogerlo. Y para que se manifieste en el cuerpo y pueda este apropiarse de su energía, hay que liberarse primero de uno mismo. Pero esta liberación, que representa un descenso o rebajamiento de lo que somos, debe realizarse sin la intervención de la gravedad, para no sucumbir a su ley. De ahí que Weil postule

en ese mismo escrito la "actitud suplicante" como la propia de un estado de gracia, porque –tal como nos dice– "necesariamente debo dirigirme hacia algo que no sea yo misma, puesto que de lo que se trata es de liberarse de uno mismo". (GG 2007: 54)

Lo que encontramos en Weil expuesto unas veces con el lenguaje de la filosofía y otras veces con el lenguaje de la mística, también lo encontramos en Chacel, pero con el lenguaje de la literatura, si bien las verdades que contiene no son ficciones novelescas. Y si en *La sinrazón* podemos encontrar las semillas del pensamiento de Weil, en *Memorias de Leticia Valle* encontramos una fuente de enunciación propia, donde no tenemos comunicación de la dinámica del amor sino manifestación de su operatoria. Escuchemos a la misma Leticia –su protagonista– en el arranque de la novela:

Tengo tal necesidad de pensar por cuenta propia, que cuando no puedo hacerlo, cuando tengo que conformarme con alguna opinión que no arranca de mí, la acojo con tanta indiferencia que parezco un ser sin sentimientos. Esto me atormenta más que nunca cuando quiero hacerme una idea de cómo sería mi madre. Cuando era pequeña, oía hablar de ella y me decía a mí misma: No, no era así, yo recuerdo otra cosa, pero ¿qué es lo que yo recordaba? Nada, claro, nada que se pueda decir ni siquiera oscuramente. La verdad es que nunca pude recordar cómo era mi madre, pero recuerdo que yo estaba con ella en la cama, debía de ser en el verano, y yo me despertaba y sentía que la piel de mi cara estaba enteramente pegada a su brazo, y la palma de mi mano pegada a su pecho. Por muchos años que pasen, no se me borrará este recuerdo, y puedo hundirme en él tan intensamente, sobre todo de un modo tan idéntico a cuando era realidad, que en vez de parecerme que cada vez lo miro más desde lejos me parece que, al contrario, algún día pasaré más allá de él. Ahora lo estudio, lo repaso; antes lo miraba, me pasaba horas contemplándolo.

Me parecía sentir precisamente un no sentir en algún sitio, un tener una parte mía como perdida, como ciega. Era como si estuviese pegada a algo que, aunque era igual que yo misma, era inmenso, era algo sin fin, algo tan grande, que sabía que no podría nunca recorrerlo entero, y entonces, aunque aquella sensación era deliciosa, sentía un deseo enorme de hacerla cambiar de sitio, de salir de ella, y me agarraba, tiraba de mí misma desde no sé dónde y me despegaba al fin. Recuerdo el ruido ligerísimo que hacía mi piel al despegarse de la de ella, como el rasgar de un papel de seda sumamente fino. Recuerdo cómo me quedaba un poco en el aire al incorporarme, y seguramente entonces la miraba y ella me miraría. Sí, sé que me miraría, me sonreiría, me diría algo; de esto ya no me acuerdo.

Es raro: si recuerdo lo que sentía, ¿por qué no recuerdo lo que veía? Yo creo que debe de ser porque después he seguido viendo y viendo cosas; en cambio, no he sentido nunca más nada semejante a aquello.

Todo el mundo, todos más o menos, habrán sentido una cosa así, pero si la han sentido ¿por qué no hablan de ello? Claro que yo tampoco he hablado nunca, pero cuando los otros hablan yo busco entre sus palabras algo que deje traslucir que lo

conocen. Y nunca lo encuentro. Se ve que no han empezado por ahí; hablan de otras cosas. Hablan del amor de las madres, de cosas que hacen o que dejan de hacer, y yo siempre digo en mi fondo: el amor era aquello. (*OC* 5, 2000: 395-396)

En la narración de las vivencias de conciencia de Leticia, Chacel manifiesta que el doble movimiento de rebajamiento y elevación con la energía de la gracia, el amor con sus palabras, no puede hacerse a través del alma, sino a través del cuerpo. Leticia habla el lenguaje de la gracia a través del cuerpo, asociando el conocimiento a la intelección de los sentidos, y sobre todo a la piel y al corazón, adoptando una actitud silente y de espera. Su destino será del todo contrario al de Santiago, el protagonista de *La sinrazón*, quien habla el lenguaje de la gravedad a través de la razón, adoptando una actitud voluntarista y racional. Leticia se salva de ser aniquilada por la desdicha en la que anida la verdad, mientras que Santiago es aniquilado por la desdicha al pretender alcanzar lo absoluto mediante los suplementos simbólicos y los argumentos lógicos: al constatar la imposibilidad y el fracaso de la vía del conocimiento activo, decide suicidarse.

Los desenlaces de estas dos novelas señalan dos vías de conocimiento inconmensurables y dos concepciones éticas irreconciliables cuya diferencia ya fue señalada por Weil. Leticia habla el lenguaje de la *Khôra*, de lo prelógico y presimbólico, un lenguaje que no comunica sino que manifiesta: el conocimiento que expresa está a flor de piel en todas las sensaciones que experimenta el cuerpo. El alma, como conjunto de potencias cognoscitivas, no está separada del cuerpo porque hay unicidad, y por tanto no hay entre ellos una relación dialógica. Es el único lugar donde no hay escisión ni falta, una pura indeterminación. No se precisa ninguna actividad de desvelamiento o restitución del logos. El cuerpo no necesita de ninguna mediación porque registra de manera inmediata lo que incorpora. Da testimonio en todos sus sentidos de las diversas manifestaciones sensibles de la gracia. En el cuerpo no se esconde ninguna verdad que haya que buscar a través de la razón. Basta escuchar los latidos del corazón y tocar la piel para encontrar la verdad. No hay, en consecuencia, un sujeto de conocimiento que trate de imaginar suplementos simbólicos de la razón cuando esta fracasa en su intento de alcanzar la verdad. De este modo, el cuerpo nos salva de caer en la desdicha y, con la aniquilación que esta conlleva, de la muerte, en contraste con la razón, que nos ahonda en estos fenómenos en cada ejercicio de traducción imposible de la unidad primordial y la belleza suprema.

NOTAS

1. Madrid, Trotta, 2007, p. 63. Las citas posteriores de este libro se refieren a esta misma edición, que identifiqué con la abreviatura GG.

2. Esta afinidad electiva, si bien en un sentido diferente al que aquí expongo, la sugiere Roberta Johnson en su análisis crítico del libro de Carmen Alborch *Solas: Gozos y sombras de*

una manera de vivir (1999) en «El concepto de la soledad en el pensamiento feminista español», publicado en el libro de Pilar Nieva-de la Paz (coord. y ed.). *Roles de género y cambio social en la literatura española del siglo XX*. Amsterdam-Nueva York, Rodopi, 2009, p. 38.

3. Todos los textos citados de Chacel son de la edición *Obra Completa* de la Excma. Diputación Provincial de Valladolid y del Centro de Estudios Literarios Fundación Jorge Guillén, Valladolid, abreviadas aquí como OC.

4. Rosa Chacel brilla por su ausencia en el libro colectivo de Fina Birulés y Rosa Rius Gatell (ed.). *Lectoras de Simone Weil*. Barcelona, Icaria, 2013.

5. En "Simone Weil y la condición obrera", elmercuriodigital.es, consultado el 01.09.2019: http://webs.um.es/campillo/miwiki/doku.php?id=junio_2014.

6. Cito de la edición de Trotta.

7. De Publio Terencio es el proverbio "*Mulier mulieri necessarium*" (la mujer es un mal necesario). De Thomas Hobbes es el proverbio "*Mulier mulieri lupior*" (la mujer es la mayor loba para la mujer).

8. Esta novela la comenzó a escribir hacia 1939 (lo que había escrito hasta entonces se publicó en la revista *Sur* en esa fecha) y fue publicada en Buenos Aires en 1945.

9. Novela escrita en Buenos Aires y Río de Janeiro entre 1950 y 1958, y publicada en Buenos Aires en 1960.

10. Cabe citar aquí su afirmación: "No se nace mujer, se deviene mujer".

11. Cabe citar aquí su afirmación: "Las mujeres han sido espejos dotados del mágico y delicioso poder de reflejar una silueta del hombre de tamaño doble del natural".

12. *L'arrelament. Preludi a una declaració dels deures envers l'ésser humà*. Barcelona, Edicions de 1984, 2016, p. 34.

13. Entre los 1.373 volúmenes de la biblioteca personal de Chacel depositados en la Fundación Jorge Guillén únicamente se encuentran estos cuatro títulos de Weil.

14. Cito de su edición digital en <https://redaprenderycambiar.com.ar/derrida/textos/kora.htm>. Consultado el 1.09.2019.

15. Cita tomada de la Introducción de Carlos Ortega al libro *La gravedad y la gracia*, *op. cit.*, p. 11.